

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 5 DE FEBRERO DE 1933

NÚMERO 6

CONEJOS DE LA INDIA



En un rincón del jardín hay un pequeño cobertizo con un cerco alrededor para que los conejos puedan correr dentro; esto lo hizo Jaime con sus propias manos. Todas las ma-

ñanas les da un platillo de salvado y algo de hierba fresca u hojas de lechuga; les gusta mucho mordisquear los tronchos de berzas, las mondas de patatas, así como los de



lan manzanas, perejil y hojas de parra; de hecho, comen toda clase de verde, y ni aun las hojas de yedra les hacen daño. Los tres conejos tienen la cabeza negra; el viejo macho tiene manchas oscuras, negras y blancas, mientras que la coneja es blanca y negra, y el conejito es en todo como el padre. Estoy seguro que te había de gustar este conejito; es una cosa tan mona, tan pequeñito, tan suave, tan tímido que al menor ruido se mete corriendo en el cobertizo, mientras que los padres son atrevidos, y, si te conocen, comerán en tus mismas manos, porque, por estúpidos que les supongamos, no dejan de conocer a aquellos a quienes están acostumbrados. Si yo, o cualquiera de la familia, nos acercamos al cobertizo, gruñen fuertemente: "¡Uic, uic, uic!" tan a prisa como pueden, y sólo paran cuando se les da la comida; pero si pasa alguna persona extraña no hacen ruido alguno.

¡Qué gusto tener tres o cuatro conejitos! ¡Son tan guapos, con la piel aterciopelada, sus negros y brillantes ojillos y sus curiosas y redondas narices! Un viejo jardinero dijo a Jaime que si él los levantaba en el aire por sus rabos, los ojos se les caerían al suelo; pero como nosotros nunca hemos visto que tengan rabos, no hay miedo de tal calamidad.

Otro viejo dijo, después de haberlos contemplado largo tiempo: "¿Para qué sirven estos bichos? No hacen otra cosa que comer y comer todo el santo día." Pero ellos son útiles a Jaime, porque le proporcionan algo que querer y cuidar. Todas las criaturas de Dios son dignas de eso, y los animales favoritos hacen un gran bien a los niños (y a las niñas también) si se los cuida bien y se conservan limpios. Sin embargo, los conejos de India se vuelven muy molestos, si llegan a salir del cobertizo, porque empiezan a correr por el jardín y a comer todos los tallos verdes, sin fijarse en el valor de la planta. Un verano, cuando sólo estaban cerrados por la noche, tuvimos que poner pimienta en los geranios para librarlos del peligro. Los ge-

ranios con pimienta no son de su gusto, porque después de haberla probado, se fueron corriendo al cobertizo, y no volvieron a tocarla.

Los gatos son muy entusiastas de estos conejos de India, cuando son pequeños y rollizos y, en caso de tenerlos, es preciso asegurar bien la cuadra, para que el minino no entre en ella. Yo os aconsejaría que de vez en cuando permitáis a vuestros favoritos dar unas cuantas carreras, para así poder estirar las patitas; además, es muy bonito verlos correr alrededor de las plantas y por entre las raíces de los arbustos, especialmente cuando la coneja tiene cuatro o cinco conejitos corriendo detrás de ella; pero procura que no cometan alguna fechoría o hagan algún daño, pues pudieran echar a perder el clavel favorito de tu hermana o los hermosos tiestos de tu madre. Pero, sobre todo, debes cuidar de conservarlos limpios, poniéndoles mucho heno en las camas, cambiándolo con frecuencia y echando la basura fuera; así puedes manejarlos a tu gusto; sin estos cuidados, pronto se hacen desagradables. Supongo sabrás que estos pequeños animales se llaman así porque fueron por primera vez traídos a Inglaterra de un país de ese nombre, en la costa de Asia. Es curioso que puedan soportar el hielo y la nieve del invierno, al aire libre, como, en verdad, sucede, si tienen abundancia de heno en sus camas.

Reinado de Saul

Con gran entusiasmo el pueblo había aclamado a Saúl como rey. Sin embargo, había cierto grupo que no estaba conforme con el nuevo príncipe. Eran aquellos que no podían comprender que Dios, para realizar sus planes, se vale preferentemente de hombres humildes y al parecer insignificantes. Estos decían: "¿Cómo nos ha de salvar éste?" Así, le despreciaron y no le trajeron el presente, que era costumbre dar al nuevo

rey. Saúl, empero, hizo como si no hubiera visto ni oído nada de estas injurias, y en seguida se fué a su pueblo. Porque en aquellos tiempos el rey sólo entraba en funciones en caso de grandes peligros y guerras inminentes. Así pues, Saúl, en los tiempos de paz, seguía trabajando en las faenas del campo.

Un día por la tarde Saúl regresaba del campo detrás de sus bueyes. Cuando se acercó a su aldea notó un movimiento extraordinario de gente; todos los vecinos se encontraban en la plaza del pueblo, llorando y sollozando, agrupados alrededor de algunos hombres forasteros que, por lo visto, les habían traído un mensaje fatal. Saúl se presentó, y preguntó: "¿Qué tiene el pueblo, que se alborota y llora tan amargamente?" Entonces los mensajeros le contaron que eran de Jabes en Galaad, que era una ciudad fronteriza del país de los israelitas, y que el rey del pueblo vecino de los amonitas venía de cercar aquella ciudad, amenazándola con la destrucción completa. Cuando los habitantes le habían pedido misericordia, él había añadido, burlándose de ellos, que no sólo asolaría la ciudad, sino que, además, iba a sacar el ojo derecho a cada uno de los habitantes. A duras penas las autoridades de la ciudad habían logrado una tregua de siete días, que aprovecharon para mandar mensajeros en busca de socorro a sus compatriotas.

Al enterarse Saúl de todo esto, encendióse su ira sobremanera, y Dios le envió su espíritu, para que no desmayara como el pueblo, sino que conociera lo que había que hacer. De repente, cogió sus bueyes y los mató, cortándolos en pedazos; convocó a unos hombres de su confianza y, dándoles a cada uno un pedazo de los bueyes, les dijo: "Cualquiera que no se reuna conmigo para combatir al rey de los amonitas, así se hará con sus bueyes." Los mensajeros cumplieron el mandato del rey, y en todas partes donde llegaron cayó un gran temor sobre el

pueblo; de modo que los hombres se apresuraron a obedecer al rey.

Mientras tanto, Saúl despidió a los mensajeros de Jabes, diciéndoles: "Mañana, al mediodía, cuando aprieta el calor, tendréis salvación." Los mensajeros volvieron, y al publicar la noticia en su ciudad, el pueblo desesperado se reanimó y se gozó sobremanera.

En aquella noche la pequeña aldea, en otros tiempos tan sosegada y solitaria, se convirtió rápidamente en un campamento de guerra. Apenas habían pasado algunas horas después de la salida de los mensajeros de Saúl, empezaron a afluir al pueblo grandes y pequeños grupos de hombres de todo el país. Al son de canciones guerreras y a la luz de numerosas antorchas, los hombres preparaban sus armas, mientras que las mujeres aparejaban las provisiones del ejército. Debido a estos esfuerzos generales, en las primeras horas de la madrugada el ejército estaba listo para salir. También Samuel había venido, y así, antes de rayar el alba, un formidable ejército, acaudillado por Saúl y acompañado por Samuel, salió como un solo hombre en socorro de sus apurados compatriotas de Jabes.

Pronto chocaron con las fuerzas de los amonitas, y éstos, viéndose acosados de repente por dos lados, fueron derrotados ya al mediodía. Así cumplió Saúl su promesa que al apretar el calor les traería ayuda.

Cuando el pueblo de Jabes y el ejército festejaban la brillante victoria, ovacionando con alegría desbordante al rey, algunos decían: "¿Dónde están ahora éstos que decían cuando la proclamación: —¿Cómo nos ha de salvar éste? ¡A buscarlos, para que los castigemos matándolos!" Se armó un gran alboroto; pero Saúl intervino, diciendo: "¡No hagáis tal cosa! Hoy es día de alegría, porque Dios nos ha ayudado a vencer nuestros enemigos. Obra suya es nuestra victoria, y no la mancillaremos con una venganza fea. No morirán; les perdono." El pueblo

asintió, y así Saúl cumplió como rey elegido por Dios su voluntad, mostrándose bondadoso y conciliador para con sus enemigos.

A Samuel le agradó mucho esta actitud de Saúl, y, dirigiéndose al pueblo, dijo: "Vamos otra vez a la capital, a Gilgal, para renovar y confirmar el reinado de Saúl." Así lo hicieron, y con grandes fiestas se celebró allí la nueva y ahora unánime proclamación de Saúl como rey de Israel.

En esta ocasión Samuel dirigió unas palabras de despedida al pueblo, diciendo: "Conforme a vuestra voluntad, os he puesto rey; vedle aquí delante de vosotros, visiblemente bendecido por Dios. Ahora, pues yo ya soy viejo y cano, me retiraré a descansar. Sabéis que en todo el tiempo de mi gobierno he procurado no dañar a ninguno de vosotros ni ofender o injuriar a alguno. ¿No es así?" El pueblo le contestó con júbilo y entusiasmo que, en efecto, así era, que no les había hecho ningún agravio y que nunca les había exigido nada injusto. Después siguió Samuel recordando al pueblo los tiempos pasados, para mostrarle que siempre que habían sido desobedientes a Dios, habían venido desgracias e infortunios, y que cada vez que se habían arrepentido y prometido cumplir la voluntad de Dios, El los había bendecido y salvado de la mano de sus enemigos. "Así, pues", les dijo, "haciendo el bien Dios estará con vuestro rey y vosotros; de lo contrario, os pasará como a vuestros antepasados. Yo ahora cesaré en mi cargo de jefe vuestro. Pero no dejaré de rogar y orar por vosotros, y siempre os diré, como buen profeta, la voluntad de Dios y os enseñaré el camino bueno y justo. ¡Temed al Señor y servidle con todo vuestro corazón!"

Con estas palabras se despidió Samuel aclamado por el pueblo agradecido. Empero Saúl siguió reinando recordando las palabras de

Samuel y cumpliendo fielmente la voluntad de Dios, dejándose guiar por los consejos del profeta Samuel.

Maravillas de paciencia

El presidente de la Academia de Ciencias de París recibió un grano de trigo, en el que un artista de Micrografía (arte de escribir con letra muy menuda) había conseguido escribir ciento veintiuna palabras.

Este trabajo de paciencia no es único. En el siglo XVII, un fraile polaco escribió toda la *Iliada*, de Homero, en una tira de papel que, una vez enrollada, cabía dentro de la cáscara de una nuez.

La Historia nos refiere otros trabajos de paciencia. Un tal Marcos consiguió fabricar una cadena de oro tan pequeña que, a pesar de tener cincuenta anillos, una mosca la podía llevar volando rodeada al cuello.

Un sueco, llamado Norvingerus, fabricó en marfil doce platitos tan microscópicos, que cabían dentro de un grano de pimienta.

En el museo de Valladolid hay una botella en la que se ha introducido un crucifijo, una escalera y todos los instrumentos de la crucifixión; está tapada con un tapón de madera que lleva atravesado un palito en la parte inferior, de modo que es imposible destaparla.

Estos trabajos de paciencia son curiosos, pero inútiles. ¡Cuánto más útiles son vuestros trabajos de paciencia para cumplir bien los deberes o ayudaros y ser útiles a vuestros semejantes!